

ABAJO EL NACIONALISMO Y LA GUERRA: ¡LOS OBREROS NO TIENEN PATRIA!



Otro primero de mayo en medio de bombas y masacres. Otro primero de mayo en el que la amenaza de una nueva carnicería mundial se hace cada vez más real. Una carnicería que eclipsa incluso la más oscura pesadilla distópica y amenaza la sobrevivencia sobre la Tierra. De Ucrania al Medio Oriente y el Mar Rojo, del Congo a Sudán... En todas partes aumentan los conflictos armados y con ellos el sufrimiento de la población. Esta escalada de violencia no se debe en absoluto simplemente a la mala voluntad de políticos o Estados individuales, como afirman los pacifistas de todos los bandos; es la consecuencia lógica de un sistema capitalista en crisis que obliga a 'nuestros' dirigentes a pasar al modo de ataque militarista.

La crisis alimenta el nacionalismo y la guerra

El capitalismo mundial puede estar sumido en una profunda crisis, pero no morirá de muerte natural. La tendencia a la crisis se manifiesta en el hecho de que le resulta cada vez más difícil utilizar el capital para inversiones productivas debido a la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. La primera y más fácil salida parecía ser poner en marcha la imprenta y huir hacia la especulación financiera. En última instancia, sin embargo, esto sólo empeoró los problemas originales. El estallido de las burbujas financieras provocó un mayor debilitamiento de la base productiva. Esta profundización de la crisis se ha reflejado en una escalada progresiva de los conflictos intraindustrialistas.

En este contexto, el capital intenta aumentar la explotación reduciendo al máximo el coste de la fuerza de trabajo, el salario directo. Al mismo tiempo, se recortan las prestaciones sociales y se imponen recortes drásticos en educación, atención médica y pensiones. El objetivo absoluto y esencial es hacer pagar a los asalariados las crisis del capital frenando o reduciendo los salarios diferidos e indirectos.

Además, la clase trabajadora en todo el mundo se enfrenta a una competencia despiadada, ya que el capital y la producción se deslocalizan a lugares donde los costes laborales son significativamente más bajos y donde los sistemas fiscales más favorables y, por último pero no menos importante, las leyes anti-huelga especialmente duras resultan atractivas para la inversión de capital.

Si estas medidas no son suficientes, y no lo son, la continuación de la crisis, ahora sistémica en todas las latitudes, conduce al recurso devastador y violento de la guerra. En un primer momento, se trata de una guerra por delegación, en la que las potencias imperialistas mueven los hilos entre bastidores. Se ponen a disposición recursos financieros y armas y se hacen elevadas promesas de ayuda futura que, si es que se cumplen, tienen un precio inmenso para quienes las reciben. El resultado

es una dinámica en la que el imperialismo alimenta o enciende guerras continuamente. Una dinámica difícil de controlar y casi imposible de contener, que conlleva el peligro permanente de un enfrentamiento militar directo entre las grandes potencias. Cada vez parece más probable un escenario en el que actores imperialistas como Irán, China, Estados Unidos, Rusia y la Unión Europea se enfrenten abiertamente en una guerra generalizada.

La guerra en el capitalismo conduce a una crueldad terrible que no perdona a casi nadie. Pero para el eventual 'vencedor' existe la perspectiva de eliminar a los competidores del mercado y apropiarse de sus territorios, útiles para las necesidades de producción de una economía moderna en crisis estructural. Significa más petróleo y gas, mientras apenas se pone en marcha una transformación ecológica urgentemente necesaria. Significa una batalla por el litio y las 'tierras raras'. Significa un intento de incrementar la tasa de ganancia y, por último, significa la destrucción de los bienes de capital y del valor, permitiendo que el ciclo de acumulación comience de nuevo. Que esto tenga lugar con o sin bombas nucleares dependerá de las actuales situaciones de guerra en Ucrania y Gaza, donde la terrible matanza desatada por la masacre del 7 de octubre de Hamás y la crisis en el Mar Rojo, amenazan ya con la posible expansión de la guerra al resto del Medio Oriente y más allá. La nueva carrera por África y las maniobras chinas y estadounidenses en el Pacífico no se limitarán para siempre a movimientos militares de sus subsidiarios. El futuro que nos prepara el imperialismo es un futuro lleno de destrucción, muerte y barbarie cruel nunca visto. ¿Quién pagará el precio?

La clase obrera y la guerra

La respuesta es obvia: los que tienen que ir a la guerra bajo la bandera de su propia burguesía o de sus aliados imperialistas. La población civil que es literalmente diezmada por los bombardeos inhumanos que lo destruyen todo y no perdonan nada. Los que tratan desesperadamente de escapar de la pobreza y huyen de las consecuencias del cambio climático y de la devastación de las guerras por delegación imperialistas.

Sólo una fuerza puede oponerse al peligro de una guerra aún más destructiva que todas las anteriores. Esta fuerza es la de los explotados, el proletariado internacional, las enormes masas de desposeídos creadas por la crisis del capitalismo. Son estos esclavos asalariados que producen con su fuerza de trabajo la riqueza social de todos los países, de los que sólo reciben a duras penas unas migajas. Son los que, desempleados o 'subempleados', intentan sobrevivir de algún modo al margen de una sociedad determinada hasta la última esfera por los dictados del afán de lucro capitalista.

Esta fuerza, explotada en tiempos de paz y utilizada como carne de cañón en tiempos de guerra, puede ser el antídoto más potente contra la guerra imperialista, siempre que actúe como una clase que lucha contra el capitalismo, sus crisis y su militarismo en su propio terreno. Pero para ello, primero debe liberarse del dominio de la ideología de la clase dominante. Las guerras son provocadas por las crisis del capital. Las libra la burguesía para defender sus intereses políticos y económicos. Pero los que luchan en las guerras son los proletarios sometidos a las ideologías de la clase dominante. Ideologías que van desde la defensa o exportación de la 'democracia', la defensa de los 'intereses nacionales' hasta los principios religiosos 'universales' que deben imponerse por la fuerza. Por no hablar de todas las viejas y nuevas ideologías racistas y homófobas que idealizan la guerra como instrumento para 'purificar a la nación'.

El arsenal ideológico de la burguesía, con el que pretende que el proletariado se identifique con sus intereses, está muy bien provisionado, sobre todo cuando se trata de la guerra. Por estas razones, es esencial que la clase produzca una organización política internacional con su propia táctica y estrategia. La naturaleza del imperialismo y sus acciones mortíferas son internacionales. Por eso necesitamos un partido internacional, una nueva Internacional, que una todas nuestras fuerzas para un único objetivo: la lucha contra el capitalismo en todas sus manifestaciones económicas y sociales.

No es tarea fácil y, como cualquier perspectiva de importancia histórica, se enfrenta a numerosos obstáculos. El camino está sembrado de escollos y no todos ellos son producto directo de la reacción burguesa.

¡No hay 'lado correcto' en la guerra imperialista!

En primer lugar, es obvio que bastantes fuerzas de 'izquierda', especialmente las que se proclaman 'revolucionarias' e 'internacionalistas', están ellas mismas atrapadas en la ideología burguesa que el capitalismo reproduce a diario. A la vista de las guerras en curso en Ucrania, Palestina, el Mar Rojo, etc., realmente se tambalean cuando intentan elegir 'el bando correcto' o incluso apoyar un supuesto 'mal menor'. Por ejemplo, a menudo se hace referencia al excesivo poder militar de Rusia para apoyar los intereses de la 'defensa de la patria' de Ucrania. Otros se refieren al poder militar de la OTAN para pedir la 'defensa de Rusia'. Del mismo modo, la superioridad militar de Arabia Saudita sobre los hutíes o de Israel sobre Hamás se utiliza como argumento para apoyar más o menos 'críticamente' a estos últimos. De dónde se saca, por ejemplo, la idea de querer defender a un producto del nacionalismo yihadista y fascista como Hamás? Todas estas posiciones se basan en una lógica tan simple como reaccionaria: En los conflictos imperialistas, hay que defender 'al menor', al 'país semicolonial' o 'al Estado nación atacado', según el gusto terminológico, para estar 'en lo cierto' según las ideas de la moral burguesa. Tales posiciones pisotean el sufrimiento de las víctimas de la guerra y son el veneno más puro para la lucha proletaria por la libertad.

La política imperialista "no es obra de uno o de unos pocos Estados, es el producto de un cierto grado de madurez en el desarrollo ulterior del capital, un fenómeno inherentemente internacional, un todo indivisible que sólo puede reconocerse en todas sus interrelaciones y del que ningún Estado individual es capaz de escapar" (Rosa Luxemburgo). Además, en los conflictos imperialistas, los Estados que están completamente al mismo nivel

en cuanto a su desarrollo económico y militar rara vez se enfrentan entre sí, lo que en algunos aspectos también es causa de guerra. El criterio decisivo es determinar qué clase está librando la guerra. El trágico rasgo común de toda guerra imperialista es el sangriento enfrentamiento de los explotados de ambos bandos. En ambos bandos se muere por 'su propia burguesía', ¡por intereses que no son los suyos!

¡Contra cualquier ideología nacionalista!

En este contexto, cualquier discurso sobre el 'derecho de los pueblos a la autodeterminación', las 'guerras de liberación nacional' o la 'independencia de las naciones' es una abstracción reaccionaria en la que encajan las ideas actualmente 'despiertas' de Hamás como supuesto 'movimiento anticolonial' o de los hutíes como 'fuerza antiimperialista'. No se pueden defender los intereses del proletariado dejando el destino de los asalariados en manos de la burguesía, sean yihadistas o fuerzas laicas. No se puede contribuir al resurgimiento del internacionalismo revolucionario tomando partido en las guerras imperialistas. No se puede luchar contra la guerra tomando parte en ella, sea cual sea el pretexto o la justificación. Por el contrario, la primera tarea de las organizaciones políticas internacionalistas es liberar a la clase obrera de los mil tentáculos de las burguesías nacionales y del imperialismo internacional. Esto exige el rechazo de todas las formas de nacionalismo y de todas las guerras, y la defensa de una alternativa revolucionaria al capitalismo. Todo lo demás equivale a una política contrarrevolucionaria y al mantenimiento del 'statu quo'.

¡Ninguna guerra salvo la guerra de clases!

Por esta razón, nosotros, como la TCI, hemos lanzado la iniciativa Ninguna guerra salvo la guerra de clases para defender los principios internacionalistas fundamentales dentro de nuestra clase. Principios que han sido olvidados o, peor aún, tergiversados por los herederos políticos de la degenerada Tercera Internacional y amplios sectores del anarquismo. La gravedad de la situación -el peligro de una guerra generalizada- obliga a los internacionalistas a esta forma de cooperación. Debemos actuar en una clase que se ha visto empujada a la defensiva por un siglo de contrarrevolución estalinista, décadas de agitación y ataques político-sociales de la burguesía internacional. A pesar del deterioro sistemático de sus condiciones de trabajo y de vida, nuestra clase no ha reaccionado hasta ahora, o lo ha hecho de forma insuficiente, a los ataques de la burguesía. Sólo el despertar de este 'gigante dormido' puede garantizar que el mensaje político de los internacionalistas no se quede en un grito solitario en el desierto. Sólo la reanudación de la lucha de clases generalizada permitirá la maduración política y el fortalecimiento de las fuerzas internacionalistas, conduciendo a la formación del instrumento político indispensable para la superación revolucionaria del sistema capitalista: **el partido internacional de la revolución proletaria.**



¡Los sindicatos no te ponen bolas!

Un punto vital y necesario en torno al cual se ha librado la lucha de clases a lo largo de la historia del capitalismo es la reducción de la jornada laboral. El propio Primero de Mayo, Día Internacional de los Trabajadores, se estableció como parte de la lucha del movimiento obrero por una jornada laboral de 8 horas. Esta reivindicación no ha disminuido en absoluto con el paso del tiempo. En 2022, los trabajadores ferroviarios en EEUU estuvieron a punto de declararse en huelga por el estado de guardia de 24 horas al día, 7 días a la semana. Este año, los trabajadores de atención domiciliaria en Nueva York iniciaron una huelga de hambre para protestar contra las jornadas laborales de 24 horas, a menudo turnos consecutivos en una misma semana. Alrededor del 40% de los trabajadores del sector están afiliados al sindicato 1199 SEIU, rama del segundo mayor sindicato en EEUU. ¿La respuesta del sindicato al turno de 24 horas? ¡Todo funciona según lo previsto!

Los trabajadores de atención domiciliaria de Nueva York, la mayoría inmigrantes contratados a través de agencias, se ven obligados a hacer turnos de 24 horas, de las que sólo se pagan 13, ya que el resto se reserva supuestamente para dormir y comer. Sin embargo, esto significa poco cuando los pacientes de los trabajadores de atención domiciliaria suelen exigir atención y controles constantes. ¿El resultado obvio? Un insomnio galopante y una degradación física atroz.

Tanto sus jefes como su sindicato dicen a los trabajadores de asistencia domiciliaria, sobrecargados de trabajo y mal pagados, que el turno de 24 horas debe continuar. El sindicato, SEIU, ha testificado en contra de las trabajadoras en una audiencia oficial, alegando que todo el sector se vendría abajo si no se les hiciera trabajar hasta la extenuación. ¡En lugar de ello, el sindicato ha reclamado una gran victoria al ganar unos minutos de paga de las 11 horas no pagadas del turno! Esta postura no es más que otro ejemplo de cómo los sindicatos se han convertido en herramientas del Estado, ligados legal e institucionalmente a la opresión de la clase trabajadora.

A pesar de que los sindicatos afirman tener en cuenta los intereses de los trabajadores, su verdadera función es negociar la venta de la fuerza de trabajo para el beneficio de los capitalistas. Cualquier promesa hecha a los trabajadores de mejorar sus condiciones laborales es casi siempre una farsa. El capitalismo se encuentra en un periodo de crisis profunda, y el papel de los sindicatos, si quieren seguir estando legalmente reconocidos, es imponer las pérdidas del capital a los trabajadores. Las negociaciones ocupan el lugar de las huelgas, ya que una huelga impediría el funcionamiento del lugar de trabajo o de la industria. Las propias huelgas se han convertido en una herramienta de negociación en lugar de un medio de lucha. Se espera que los trabajadores estén agradecidos por cualquier subida salarial miserable o mejora de las condiciones de trabajo, a pesar de que estas 'victorias' suelen ser en

El domingo, 19 de mayo a las 3:30
876 Riverside Dr, New York, NY 10032

El Grupo Obrero Internacionalista presenta...

El rol de las trabajadoras en la lucha de clases

Vengan para discutir sobre la liberación de la mujer y el rol histórico y moderno que han desempeñado las trabajadoras en la lucha de clases. ¡Abierto a toda/os!

Contáctennos:
Insta: @iwg.official
Facebook: @iwgusa
Twitter: @iwgofficial
Email: us@leftcom.org



realidad una pérdida en comparación con la inflación. Esto no sólo sabotea las verdaderas reivindicaciones defensivas de nuestra clase, sino que al mismo tiempo le arrebató la lucha de las manos y la divide sectorialmente.

La situación de los trabajadores de atención domiciliaria es sólo un ejemplo de un ataque internacional más amplio contra

los trabajadores desatado por la crisis capitalista. La jornada laboral se ha extendido a través de medios como el trabajo gig, el propio trabajo se ha acelerado, el alquiler y los desahucios se han disparado, y los precios inflados han minado los salarios reales. Frente a un grave descenso de la rentabilidad, los capitalistas están haciendo pagar a la clase trabajadora por un sistema económico atado por enormes contradicciones. Los organismos permanentes y legalmente reconocidos para negociar los salarios (alias sindicatos) se ven obligados a imponer a los trabajadores estas condiciones cada vez peores. Hay que hacer algo más que 'sindicarse y rezar'.

La clase obrera no puede confiar en los reformistas populares de la política electoral ni en los negociadores pragmáticos de la esfera sindical para alcanzar sus objetivos. La lucha debe tomarse en manos de los propios trabajadores a

través de su autoorganización real por fuera del sindicato. Ya sea en forma de comités de huelga independientes o de asambleas de masas, una lucha autoorganizada nos permitiría luchar como una sola clase, sin ataduras legales ni industriales. Si se ataca a los trabajadores como clase, es necesario que ésta contraataque como una sola.

La lucha por la reducción de la jornada laboral o por salarios más altos debe estar vinculada a la lucha política general contra el propio sistema salarial. Esta lucha exige un partido de clase revolucionario que luche por conectar la lucha inmediata con el objetivo último de abolir el capitalismo. A través de la toma del poder por fuerza por parte de la clase obrera a los capitalistas, puede surgir un nuevo sistema de producción basado en las necesidades humanas (¡y con mucho tiempo libre!) en lugar de la acumulación y el beneficio.

Quiénes somos

"El GOI está a favor de una sociedad mundial en que la producción es para las necesidades, no las ganancias (y por lo tanto, sostenible), en que el estado, las fronteras nacionales y el dinero han sido abolidos, en que el poder colectivo está ejercido por medio de organizaciones de toda la clase, tales como los consejos obreros. Esto debe traducirse como la participación activa, cotidiana de la mayoría para los intereses de todos. Sólo así puede el mundo deshacerse de los efectos capitalistas de la pobreza, el hambre, la opresión y la guerra: lo llamamos el comunismo pero esta visión no tiene nada que ver con el capitalismo de estado estalinista y la antigua URSS.

Para llegar a ese punto, estamos trabajando para crear una organización política mundial de la clase obrera - un 'partido' por falta de una palabra más adecuada - no un 'gobierno en espera', sino una guía en la lucha por un mundo nuevo. No nos reclamamos de ser ese partido, pero nos motivamos a ser uno de los elementos que tendrán que juntarse para su creación. Mientras la clase obrera, la mayoría de la población mundial, se enfrenta cada vez más a las consecuencias de un sistema capitalista que se desmorona, tendrá que unirse y derrocar al sistema capitalista y sus apetitos imperialistas sangrientos.

El Grupo Obrero Internacionalista es el afiliado estadounidense de la Tendencia Comunista Internacionalista.

Para más información sobre nuestra organización y respuestas a cuestiones comunes, véanse: <https://www.leftcom.org/es/about-us>

Información de contacto y publicación

Cuadernos Internacionalistas, 1o volumen, número 8, otoño 2024
Dirija toda correspondencia a:
Correo electrónico: us@leftcom.org
Sitio web: www.leftcom.org/es
Instagram: @iwg.official
Twitter: @IWGOOfficial
Facebook: @iwgusa
Escanee nuestro código QR para acceder a nuestro sitio web:

